

6270

PEDRO DE RÉPIDE

LA LLAVE DE LA ARACELI

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by Pedro de Répide, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

8

LA LLAVE DE LA ARACELI

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA LLAVE DE LA ARACELI

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO DE RÉPIDE

Estrenada en el TEATRO REGIO con gran éxito

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

A. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1911

A Matilde Rodríguez

y Fernando Porredón,

con todo el afecto de

Pedro de Répide.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA ARACELI.....	SRTA. RODRÍGUEZ.
LA EVARISTA.....	SEA. TORRES.
LA FILO.....	DE SIRIA.
LA PATRO.....	SRTA. GIMÉNEZ.
LA BALDO.....	SEA. MOLINS.
RUFINITA.....	SRTA. MATEOS.
MIGUEL.....	SR. PORREDÓN.

La acción en Madrid.—Época actual .



ACTO UNICO

La escena representa el salón de peinar de una peinadora de los barrios bajos. En el fondo se verá á un lado el tocador. Al otro un balcón practicable. A la derecha una puerta. A la izquierda una cómoda, sobre la que habrá un santo de yeso y florones de papel. En la pared un espejo ó un cromó, algún número de «La Lidia» ó cualquier periódico análogo, y un reloj de largo péndulo. Una mesa, y sobre la mesa un quinqué encendido y sillas, etc. Al levantarse el telón, la Filo está acabando de peinar y adornar la cabeza á la niña Rufinita, que ciñe á su cuerpo un pañuelo de crespón de Manila, amarillo. La Baldo, su madre, la sostiene y contempla. La Evarista se halla en el balcón y mira de cuando en cuando al otro piso de arriba, puesta en jarras y con actitud descarada.

ESCENA PRIMERA

LA EVARISTA, LA FILO, LA BALDO y RUFINITA

Baldo Pues la maestra no ha venido.
Filo Ya, para la falta que hace, no hay que esperarla.
Ruf. Yo, con tal de que me pongan guapa, no tengo prisa.
Baldo Sí, chica, que te está esperando tu padre.
Ruf. ¿Cuál?
Baldo Papá Nicolás, criatura.
Ruf. Es verdad, que papá Antonio fué anoche.
Baldo ¡Qué monada de niña!

- Filo** Si no te callas no te arreglo. A ver si va á poder ser, monigote.
- Evar.** (En el balcón.) Oiga usted, la de lo negro. Eso de cotilla, ¿es por mí?
- Vecina** (Desde fuera.) ¡Ay, si usted se pical...!
- Evar.** ¿Tíusté familia?
- Vecina** Tengo narices.
- Evar.** ¡Y tibias que son! Tién toda la forma de un tacón Luis quince.
- Vecina** ¡Cotilla, más que cotilla!
- Evar.** A callar, so fea, que por usted no llueve. (Viene á la escena y se pone á leer un periódico que hay sobre la mesa.)
- Filo** (Concluyendo de arreglar á la niña.) Ahora esta peineta y andando.
- Evar.** (Leyendo la cuarta plana.) «En familia. Señora sola, necesita dos caballeros.» A esta la he tañado yo. ¡Esta es una ansiosa!
- Baldo** Anda, empápate bien en la lectura.
- Evar.** A ver si encuentro otro anuncio de dos caballeros que necesiten una señora.
- Filo** ¡Ajajá! Y poco chula que vas á ir.
- Evar.** Mira, mira qué maja te están poniendo. Cómo se conoce que esta noche hay verberna. ¡Y qué pañuelo tan reprecioso!
- Ruf.** Dan quince duros.
- Baldo** Ay, qué condenada lengua de criatura. Lo mismo que lo dice aquí, lo suelta en cualquier parte.
- Evar.** Pues anda, que ni la misma maestra la hubiera arreglado mejor.
- Filo** (A la Baldo.) Y también tú has tenido idea. Sabes que ayer se casó y querías que hoy estuviera con ganas de trabajar.
- Baldo** Se habrá *marchao* con su hombre.
- Evar.** Natural. Cuando se estrena alguna prenda hoy que lucirla.
- Filo** Y que hacen una parejita...
- Baldo** Muchos años les dure. Porque del otro, de Miguel digo, es de suponer que se siga sin saber nada.
- Evar.** Así cegara quien le viera.
- Filo** Dos años hace que se fué y no se ha vuelto á saber de él. Bien puede creerse que no se sabrá más.
- Baldo** En fin. Yo tomo el *piro*. Filo, ¿te quedas?

- Filo** Tengo que esperar á la familia. He dicho que aquí estaba y aquí vendrán á buscarme mi madre ó mi marido.
- Baldo** Chica, es verdad. No me acordaba de que te habías casao también. ¡Cómo abunda el mal ejemplo! A ver si voy á tener que ir pensando en casarme yo también. Anda, hija mía. (A la niña.) Rufinita, da las gracias á la Filo por lo guapa que te ha puesto.
- Evar.** Bien te vas á lucir peinada de peñadora.
- Ruf.** (De carrerilla.) Muchas gracias, buenas noches, hasta otra.
- Baldo** (Abrazando á la niña.) Ay, comino de mi vida. Bendita sea la madre que te ha parido, que soy yo. Vaya, abur Ya tomarán ustedes luego un vasito de sangría, ¿eh? Y expresiones á la Araceli cuando vuelva.
- Evar.** De su parte.
- Filo** Ande usted con Dios. (Vase la Baldo con la Rufinita.)

ESCENA II

La EVARISTA y la FILO

- Evar.** Vete con Dios, reina de la frescura. Hace tres meses que no paga á la peñadora y encima viene á que la peinen á la niña, pobrecita criatura, que parece una canaria moñuda. Y la prima has sido tú que la has *arreglao*.
- Filo** Por quitarme la pelma de encima. ¿Tú sabes quién es esa?
- Evar.** Una desahogá. No hay que mirarla la cédula. Ya verás lo que tarda en volver con alguna comisión.
- Filo** Quien no vuelve es el matrimonio. Ni mi madre. Ni mi marido.
- Evar.** Y que puedes estar satisfecha. Es un real mozo. Hoy le he conocido. Y ten cuidao de que no me vea muy á menudo. A ver si te le quito.
- Filo** Estoy tranquila. Ayer mismo me dijo que *pa* su gusto yo era la mujer más bonita que había visto.

- Evar.** Es que á mí no me ha conocido hasta esta mañana.
- Filo** ¡Ay qué abuela está! ¡Cuándo tendrá usted formalidad!
- Evar.** Hija, ¿y pa qué quiere una eso? Me he pasao sin tenerla toa la vida y me iba ido siempre como las rosas. No sé qué falta me hace tenerla ahora. ¿Yo? Nunca jamás he tomao nada en serio. Bastante perra es la vida para que la hagamos nosotros más. (se acerca al balcón.) Mira ahí *tiés* otra vez á la Baldo. En la taberna se ha metido.
- Filo** Ahora no lleva á la chica.
- Evar.** Pero lleva un perrito que viene á ser igual.
- Filo** ¿Será suyo?
- Evar.** Debe serlo. Tiene toda su cara.
- Filo** Maldita sea su estampa. ¿Has visto cómo se la ha ocurrido acordarse de Miguel para hablar de la boda de la Araceli con Manolo?
- Evar.** Poco gusto que la daría á esa ver aparecer otro el día menos pensao.
- Filo** No lo permita Dios. Por lo que quiero á la Araceli lo digo.
- Evar.** Bien le quería ella...
- Filo** Ese es afán de todas y de todos. Querer más lo que menos se merece nuestro cariño.
- Evar.** Ya sabes lo que ha sido esa chica siempre pa mí. Talmente como una hija. No en balde me llama su madrinita. Así los dos mayores gustos que me ha podido dar han sido, primero, el verla libre de Miguel, y segundo, el que me ha dado ayer al verla casada con un hombre tan cabal.
- Filo** ¿El ya sabía...?
- Evar.** ¿Lo del otro? Debe saberlo. Pero estos dos años que se ha llevao la chica viviendo formal y como manda Dios, sin acordarse del que se fué, han podido más que las malas lenguas.
- Filo** Y ahí la tenemos hecha una mujer de su casa. (Entra la Baldo.)

ESCENA III

DICHAS; la BALDO

Baldo ¿Mujer de su casa? Servidora. Aquí estoy otra vez. Vamos á ver si hacemos el refresco y he bajao á la taberna del Tolili á que me mande el vino. Fiao por supuesto. Porque una tié su crédito.

Evar. ¡Vaya! ¡vaya!

Baldo Venga, venga. Y me esta haciendo falta un cacharro grande. Así es que como usted ha acabao esta tarde de lavar la ropa y tié usted el barreño desocupao, vengo á ver si me le deja usted para la limonada.

Evar. ¡Y medio Alcorcón que me pida usted, señora!

Filo Vamos, que de usted es el mundo.

Baldo Es que tenemos convidaos, ¿sabe usted? Y las limonadas de mi casa tién su fama.

Evar. Pues entre usted en mi cuarto. Ya sabe usted, ahí al lado y en la cocina encontrará usted el chisme. Escúrralo usted un poco. Y no estará demás que lo enjuaguen unas miajas.

Baldo «Tantismas» gracias. Y hasta otra. (Vase.)

ESCENA IV

La EVARISTA y la FILO

Evar. Hasta otra, que será dentro de un rato.

Filo Y que no falla. ¿De qué hablábamos? Ah, ya me acuerdo. Y decías que ella le quería á Miguel.

Evar. Cuando él se marchó de la noche á la mañana, sin que se sepa dónde, creí que la Araceli se me moría. Ella tenía la cabeza llena de pájaros y tropezó con aquel hombre que se los echó á volar. Miguel era de otra clase. Un señorito que la hablaba como no puede hablarla, por ejemplo, su marido.

Filo Sí que la hizo soñar con muchas fantasías.

Evar. Por eso la dolió más el despertar. Trabajo

le ha costao á Manolo hablarla y más trabajo conseguir que ella le hiciese cara.

Filo
Evar.

¿Y Miguel la quería?

Más de lo que se propuso al principio. La tomó como á todas: á beneficio de inventario y para entretenerse. Así es que cuando vió que aquella mujer se le metía en el alma y se apoderaba de él, como ninguna había hecho, le comía la rabia. Algunas veces me lo dijo: Esa chiquilla puede más que yo. Con esa sí que no me divierto como con otras. A ver si te va á embrujar, decía yo, y él me contestaba: Más embrujao que me tiene...

Filo
Evar.

¿Y se marchó de pronto?

Chica, se le tragó la tierra. (Aparece la Rufinita.)

ESCENA V

DICHAS; RUFINITA

Ruf. De parte de mi madre que si aquí hay canela.
Evar. Sí, hija, de la fina.
Ruf. ¿Me la quié usté dar?
Filo. ¿Pero qué se ha figurao?
Evar. La dices á tu madre que si ha tomao la vecindad por la tienda asilo?
Ruf. De su parte. (Vase.)

ESCENA VI

La EVARISTA y la FILO

Evar. Ahí la tiés. Ahora nos ha mandao la chica. Si no la despacho así, dentro de un rato nos manda el perro con una cesta en la boca.
Filo. En fin, mujer, tardan los novios.
Evar. ¿Pero los esperabas á ellos ó á tu familia?
Filo. No quisiera marcharme sin haberlos visto.
Evar. Pues yo, como tarden, no seré la tonta que les espere. Cuando ella era soltera bueno que la aguantara. Pero lo que es ahora anda

y que la aguante su marido. Que ya la ha llegao la hora como me llegó á mí, como te llegó á ti.

ESCENA VII

DICHAS; la PATRO

- Filo** Ya está aquí mi madre.
Patro Salud. Aquí estoy yo con el establecimiento á cuestras. Y gracias á que no se ha dao mal el día. Como hay fiesta en el barrio ya no me queda género. Esta es carga que no me pesa. Cuanto más vieja soy más me gustan las flores. ¿Y mi yerno?
- Filo** Esta es la hora...
Patro ¡Pa chasco!
Evar. Dejadle, que si es de ley...
Patro Y esa, ¿anda por ahí?
Filo ¿Quién?
Patro La Araceli.
Evar. También esta es la hora...
Patro Pues ya creí que estaba en casa. Si no hace nada me han dicho que la han visto camino de aquí, sola, muy de prisa y llorando.
- Evar.** ¿Sola?
Filo ¿Y llorando?
Evar. ¡Si ya lo decía yo! ¿Veinticuatro horas de matrimonio y sin una mala bronca? Que no púe ser, hombre, que no púe ser.
Patro Pues hay otra cosa y es la peor.
Filo ¿Qué?
Evar. ¿Qué ha pasao?
Patro Dios quisiera que no fuese verdad.
Evar. ¡Mujer, habla!
Patro Pues hay que Miguel ¿sabes? el nóvio que se fué ..
Evar. No me lo digas.
Patro Está en Madrid. Hoy mismo le han visto.
Evar. ¡Así cegara quien le viera!
Filo Y se ha ido á estrellar con la fecha que ha escogido para volver. (En la escalera se oye la voz de la Araceli angustiada y alterada.)
- Arac.** (Desde fuera.) ¡Filo! ¡Patro! ¡Madrinita! ¿Quiénes estais ahí?

Patro

Que no se os escape una palabra. (La Filo y la Evarista hacen un ademán indicando su silencio acordado y se levantan, yendo hacia la puerta por donde entra la Araceli, sofocada, presa de una grande agitación y con los ojos llorosos, en la mano lleva un pañuelo con el que se los seca de cuando en cuando.)

ESCENA VIII

DICHAS y la ARACELI

Arac.

¡Ay! Creí que no llegaba. Maldita sea...

Evar.

¡Pero mujer!

Arac.

(Dejándose caer de codos sobre una mesa.) Maldita sea la hora, la mala hora en que se me ocurrió ir á la iglesia con ese hombre. ¡Golfo, más que golfo!

Patro

¿Quién es el golfo?

Arac.

Mi marido. ¿Quién ha de ser?

Filo

Serénate, chiquilla.

Arac.

¡Ay! ¿Es así el tuyo, di?

Filo

Hija, ¿y yo qué sé el tuyo cómo es?

Patro

Pero vamos. Nosotras que esperábamos veros volver juntitos dando envidia á la gente. La envidia me da á mí ahora de las solteras. ¡Ay, y pensar que ya no volveré á serlo nunca!

Arac.

Evar.

¡Ave María Purísima! ¡Cómo viene la niña!

Patro

¿Y no se pué saber lo que ha pasao?

Evar.

Si á mano viene, na. Conozco el paño.

Arac.

Salir de casa y reñir, todo ha sido uno. Llegábamos luego á una calle y yo le decía: no paso; que bien sabía yo, que si él quería pasar por allí, era por ver á una novia que había tenido. Me llevaba por otra calle y yo le tenía que decir otra vez: no paso; porque sé que allí vive la modista que habló con él. Seguíamos andando, y en cuanto me descuidaba, ya me llevaba á alguna calle donde vivía alguna novia suya.

Filo

Inconvenientes de casarse con un hombre que ha tenido relaciones con todo el distrito.

Arac.

Hasta que me planté y le dije: yo me vuelvo

á mi casa. Y me ha dejao volver sola. ¡Tan fresco!

Patro ¡Y poco á gusto que se habrá quedao el hombre!

Evar. Pero si tú estás mollate. No te quepa la menor.

Patro Pues aquí tiés á mi Filo. Aprende de ella.

Evar. Anda, dila á ver si te va mal con tu casorio.

Filo ¡Qué me ha de ir!

Arac. Hija, te habrán hecho un marido de encargo.

Filo No, mujer. Si es que los hombres, como todas las cosas, no son como son, sino como se les quiere tomar. Bien sabe Dios, y bien sabes tú, que yo me he divertido lo mío, tanto y más que la primera. Joven soy y me podía divertir todavía unas mijas, si me diese la gana. Pero vale más la alegría de mi casa, que la alegría de la calle y el aquel de tener un hombre para querernos como es debido. Y soy feliz. ¿No lo he de ser? ¿Que el tié sus cosas? Claro está que las tié.

Patro Cosas de hombre.

Evar. ¡Natural!

Filo ¿Que vuelve á casa todas las noches al día siguiente?

Patro ¡Natural!

Filo ¿Que viene con una copa ó con dos copas?

Evar. No. Lo natural es que vuelva con más.

Filo Y que si se va de la lengua se va de la mano.

Arac. Natural, que cuando habla tié que acionar.

Filo Pues hija, yo lo que te digo es que cuanto más me pega, más le quiero, y el día que no me arma dos ó tres broncas, parece como que me falta algo.

Patro Ya ves. Ahora nos vamos á casa. Pues él de no haber venido aquí á buscar á esta, es que no le vemos el pelo hasta mañana.

Arac. Hace bien. Si le dejan...

Filo En fin, chiquilla, supongo que ya no saldrás esta noche.

Arac. Ganas de fiesta tengo yo...

Patro Pues nosotras nos vamos, que ya es hora.

Así es que tú á descansar y á no ser tonta.

Evar. Y yo también me voy, que tengo mi casa

descuidá. Gracias á que es en el cuarto de al lao y pué decirse que aunque me marche, es como si estuviera aquí.

Filo
Patro
Arac.

Vaya con Dios.

Adiós, mujer.

Hasta mañana. (Vanse la Filo y la Patro.)

ESCENA IX

La ARACELI y la EVARISTA

Evar. Si quieres que te acompañe no me voy.
Arac. No, madrina. ¿Para qué?
Evar. Tabique por medio estamos. Si algo te ocurre, llamas.
Arac. ¿Qué me ha de ocurrir? Yo ahora cierro la puerta bien cerrada y me acuesto. Que venga ese cuando quiera: y si no quiere volver, que no vuelva.
Evar. Pero, anda: si estás loca perdía por él.
Arac. Sí, pero no conviene que se entere. Porque lo malo no es estar loca, lo malo es que se lo conozcan á una.
Evar. Bueno, pues ahí te quedas. Y ya sabes. Si te hago falta...
Arac. Si hubiese caso te llamaría, descuida.
Evar. Todo menos armarle bronca á tu marido cuando vuelva. A ver si me dejais dormir sin ruido.
Arac. Adiós, madrinita.
Evar. Chica, enciértrate bien. (Vase. La Araceli al quedar sola, saca del bolsillo de mano una llave y cierra con ella la puerta; se despoja del pañuelo de crespón y lo arroja sobre una silla. Se sienta al lado de la mesa y deja caer la cabeza entre las manos.)

ESCENA X

ARACELI

Primera vez en mi vida que paso triste y sola una noche como esta. Noche de verbena. La alegría sale de las almas y corre por la calle. Esta noche hace un año, yo iba por ahí, tan

orgullosa de ir al lado de mi novio, de Manolo, ese que ahora es mi marido y me deja volverme sola desde cualquier esquina. Y esta noche hace dos años... ¿Por qué lo recuerdo? No. Si Miguel se fué, se fué para siempre. ¡Y pensar que yo podía ser su mujer á estas horas! Puede que entonces no estuviese aquí, pudriéndome de pena. Más que una noche de alegría, es para mí esta, como esa noche del día de los Santos, cuando llega Noviembre y la lluvia está en la calle, y el frío en la calle y en el alma, y una se queda sola en casa, rezando por sus muertos. (Pausa. Se oye ruido en la puerta.) ¿Qué ruido es ese? Juraría que tocan á la puerta. ¿Será Manolo? No creería yo que su amor propio le dejase volver tan pronto, como para buscar las paces. Parece que andan en la cerradura. Pues mi marido no es. Yo me traje la llave. Aquí está. Ahora llaman. Sí. El es. Estaba por no abrirle. Pero, en fin, que pase. Yo me pondré muy seria. (Abre la puerta y retrocede con actitud de espanto. Entra Miguel.)

ESCENA XI

La ARACELI y MIGUEL

- Arac.** ¡Miguel!
- Miguel** ¡Araceli! (Pausa.) ¿Es que te asusta el verme?
- Arac.** Sí... Me... asusta.
- Miguel** Tiempos aquellos en que me esperabas contando los minutos.
- Arac.** No terminaron por mi culpa las esperas, ni las citas aquellas.
- Miguel** Cuando al cabo del tiempo he vuelto, señal de que no he sabido olvidar las buenas horas que pasaron. (Va á cerrar la puerta.)
- Arac.** No. Esa puerta no se cierra. Que si alguien viene vea que hablamos sin escondernos de nadie. Sólo quisiera que tu visita fuese lo más corta posible. De un momento á otro tiene que llegar mi marido. Mi marido. ¿Lo oyes?

- Miguel** Sí. Lo oigo y hace muy poco lo he sabido. Que ayer te casaste y que ahora mismo, no hace mucho rato, has tenido el primer disgusto de tu matrimonio. La verdad es que no habeis perdido el tiempo.
- Arac.** Milagro fuera que no corriese ya en boca de comadres lo que me ha pasado hace un momento. Parece que á la gente la cuesta el dinero la felicidad de los demás.
- Miguel** He sabido que estabas sola. Que en el café quedaba tu marido y tardaría en volver. Y como al fin y al cabo he vuelto á Madrid solo por verte, no quería dar el tiempo por perdido.
- Arac.** A largo plazo te entran á ti las prisas. Sentada junto á ese mismo balcón, mirando á ese mismo reloj, cuando no miraba á la calle, te esperé en balde una noche entera. Fué la primera que faltabas. Y esa noche ha durado dos años. El ruido más pequeño me engañaba alegrándome el alma como si fueran pasos tuyos. ¡Cuántas veces corrí á la puerta y la abría de prisa como si temiese que pasaras de largol ¿Eres tú?—preguntaba y me respondía la oscuridad y me respondía el silencio.—Pegada junto á esos mismos vidrios miré cómo la alegría y la luz venían al cielo antes que á mi alma. Yo te esperaba siempre. Miraba al reloj y me parecía una cara redondita y burlona que se reía de mí. ¿Vendrá? ¿Vendrá?—le preguntaba yo y no veía que su péndola me contestaba meciéndose muy despacio, como diciéndome: So tonta, no le esperes; no vendrá, no vendrá.
- Miguel** Pero tú no sabes que aquello no era una traición, era una huída. Créaslo ó no lo creas, remordimientos me ha costado.
- Arac.** ¿Lo ves? Era un cariño que cuidábamos como si fuese un hijo nuestro. Tú le matas-te de mal modo y te perseguía su recuerdo. El cariño no tiene conciencia, pero el que daña á un buen querer, la tiene siempre del daño que hizo.
- Miguel** ¿Y sabes por qué hui? Porque te tuve miedo.

Arac. ¿Miedo de mí? Yo de ti jamás lo tuve. De quien lo tenía era de nuestros amores.

Miguel Nuestras citas, nuestras entrevistas me asustaban. Acostumbrado á dominar, veía que tú podías sobre mí.

Arac. ¡Pobrecillos! Así sois los hombres. Todo vuestro orgullo se engancha en la primer falda que pasa.

Miguel Y he venido, porque sentía pesar sobre mí esa vieja deuda. Las de dinero suelen no pagarse. Las del alma se pagan siempre, aunque no lo queramos.

Arac. ¿Por qué viniste? ¿Por qué si me podías tener por olvidada pensaste en mí? ¿Por qué has vuelto, Miguel? Yo me acordaba de ti como de los muertos á quienes quisimos y los recordamos para rezar por ellos y para bendecirlos. No creí que volvieras como algo que viene del otro mundo para destrozarnos nuestra vida.

Miguel De lejos vengo de pasar dos años con tu nombre en la boca y con tu imagen en los ojos. Escapé de tu lado para no verte más y luego no tuve más afán que volver á tu lado. Y por ti y para ti eran mis trabajos y mis afanes. A veces cogía la pluma tentado de escribirte y me detenía al pensar en la rabia con que destrozarias sin leerlo aquel pobre papel que te traía algo muy mío entre los garabatos de su escritura. «No ha de leerte y te hará pedazos»—pensaba yo. Y me parecía que aquel papel tan blanco era más noble que mi alma y no merecía que le manchara con mis dolores y miserias.

Arac. ¿Y por qué crees, por qué crees que había yo de romper tus cartas? Mira, cerraremos la puerta. A nadie le importa saber quién está conmigo. (Cierra la puerta.)

Miguel Así decías y así hacías cuando en las noches que pasaron y no han de volver más hablabamos aquí mismo de tantas cosas que no pasaron y no pasarán ya.

Arac. ¡Calla! No me recuerdes nada y baja la voz. Por el balcón pueden oírte.

Miguel Eso mismo decías también entonces. Y te llegabas ahí mismo para observar la calle.

Allí, en aquel lado, tenías un rosal; á ese otro una maceta de albahaca que compramos juntos en una noche que era de verbena lo mismo que esta noche. Y aquí está todavía. ¿Por qué dicen que esta planta significa odio? Si la compran siempre los enamorados en las noches que más se quieren, y crece luego al igual que sus amores.

Arac. Calla, calla, Miguel. Tú también estás hablando como aquella noche, la última que estuviste aquí conmigo. Parecíamos dos chicos que se cuentan cuentos. Tú trajiste las ilusiones á esta casa y contigo se hubieron de ir al otro día.

Miguel Déjame que por un instante vuelva á vivir aquellas horas que se fueron. Hablábamos de la casa que tendríamos y de los hijos que tendríamos.

Arac. No. Primero nos ocupábamos de los hijos: lo de la casa era después.

Miguel ¿Y te acuerdas? Sí que te acordarás de los viajes que hacíamos sin movernos de aquí. Todas las noches pensábamos huir, marcharnos muy lejos para esconder nuestro cariño. Una vez decidimos irnos ya para siempre. Primero se nos ocurrió marcharnos á Sevilla, pero luego creímos que no estaba demasiado lejos. Y quedamos en que nos alargariamos hasta Cádiz. Pero nos acordamos de que allí estaba el mar y sentimos la necesidad de pasarle. Y nos íbamos al otro lado del mundo. Y fuimos valientes y un día tomamos el tren por fin.

Arac. Sí; y recuerdo que nos íbamos al otro lado del mundo y nos quedamos en Aranjuez.

Miguel Pero ahora, si tu quisieras, huiríamos de verdad.

Arac. Calla, calla, no me recuerdes que te quise.

Miguel Si esta noche es una de nuestras noches de entonces, cuando yo venía á buscarte y salíamos juntos. Tú ibas allí á la cómoda y sacabas un pañuelo de crespón como ese que tienes en esa silla. ¿Quieres que te lo ponga? (Hace ademán de ponérselo.)

Arac. ¡No! ¡Quita! ¡Aparta! Es que te quiero y si fuese débil, huiría contigo.

- Miguel** Pues sí, ven. Las ilusiones de otro tiempo, sean ahora realidad. No en balde he venido por tí.
- Arac.** ¡Ay! Y en mala hora viniste. Porque hay un hombre honrado y bueno que me ha dado su vida y me ha dado su nombre.
- Miguel** ¡Yo, si quieres, puedo hacerte feliz!
- Arac.** ¡Ay! Quién sabe dónde estará la felicidad.
- Miguel** La tendrás á mi lado.
- Arac.** No. La felicidad está en el bien que se hace. Y no podríamos ser felices haciendo un mal. Soy la mujer de ese hombre que me ha creído buena como él y fia la dicha de su vida en la paz de la mía. Y ahora digo que en buena hora has venido, porque ante el peligro de ofenderle, siento que quiero más á ese hombre de quien soy y de quien debo ser.
- Miguel** Hace poco te oí decir que me querías á mí.
- Arac.** Sí, te quería. Te he querido hasta hace un momento. La vida pasa y no hay que volver á andar los caminos que se han andado ya. Mira la otra maceta del balcón. El rosal sigue como cuando nos veíamos junto á él, pero; dónde estarán ya las rosas que entonces florecieron!
- Miguel** ¿Y no podré volver á verte?
- Arac.** No. Nunca más.
- Miguel** Podría, si quisiera sorprenderte alguna vez. Como algo tengo que guardar muy guardado, conservo la llave de esa puerta. (Enseña la llave.)
- Arac.** ¡Ah, ya! ¿Y no has notado antes, que tuviste que acabar llamando?
- Miguel** Sí, es verdad. Probé á abrir yo mismo y me resultó difícil. Sin embargo, esta es la llave que tú me diste.
- Arac.** ¡Infeliz! La llave es la misma, pero la cerradura es otra.
- Miguel** ¡Acabaras!
- Arac.** La otra llave, la que vale, está aquí. (Enseña la suya.) Y ahora ya que es la última vez que nos hablamos, haré como en otro tiempo y recordaré, corregida, la moraleja de un cuento que me contaba siempre mi abuela. «Yo tenía un arca que tenía una llave, decía un

rey al final de la historia. Se me perdió la llave aquella y mandé que hicieran una nueva. Ahora que tengo esta, ha parecido la otra. ¿Con cuál me quedaré? Y los cortesanos le respondieron:—Con la vieja.

Miguel
Arac.

Ahí lo tienes. El derecho de antigüedad. Es que para que el bien se hiciera en aquella historia, hacía falta la llave vieja y para que se haga aquí lo que es debido, es menester la llave nueva. Además, esto es la realidad y es la vida y déjate de cuentos.

Miguel

¡Aracelil! ¡Aracelil! ¡Me pides que te deje, que te olvide.

Arac.

No, que me olvides, no. Te pido que no me veas más, pero que siempre tengas desde lejos un buen recuerdo para mí. Si yo me fuese ahora contigo quién sabe si mañana te habrías cansado ya de tenerme al lado tuyo.

Miguel

Me voy, pues que lo quieres. Tienes razón. Así cuando seamos viejos tendremos cada uno esa historia que contarnos á nosotros solos, y yo diré: ¿Qué habrá sido de ella? Y tu dirás: ¿Qué habrá sido de él?

Arac.

¿Quieres que te alumbre? Porque tu estarás deseando marcharte, supongo yo. ¿Tienes cerillas? Mira que la escalera está muy oscura.

Miguel

Me iré. ¿Qué remedio me queda? Y sin un recuerdo tuyo.

Arac.

Sí, hombre: la llave. Y no te apures, que puede que te sirva bien para otra puerta.

Miguel

Adiós, mujer, adiós.

Arac.

¡Adiós, hombre, vete con Dios! (Vase Miguel.)
¡Qué tontería! ¿Pues no estoy llorando? (Pausa un poco larga. Vase al balcón. Desde el balcón.)
Allá va. Calle arriba se pierde. (Pausa.) Me da miedo estar sola. ¡Madrina! ¡Madrinita! (Aparece la Evarista.)

ESCENA ULTIMA

ARACELI y la EVARISTA

- Evar.** ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa?
Arac. Nada. Ya ha pasado. Ha venido Miguel.
Evar. ¿Y has tenido valor de hablarle?
Arac. Era un pedazo de mi vida que se arrancó de mi alma.
Evar. ¿Y si volviese?
Arac. ¡La vida me lo trajo; la vida se lo lleva! ¡Ya no volverá más!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PEDRO DE RÉPIDE

- Las canciones.* Poesías.
Libertad. Poema.
Las canciones de la sombra. Poesías.
La enamorada indiscreta. Novela.
No hay fuerza contra el amor. Idem.
Del Rastro á Maravillas. Idem.
El solar de la bolera. Idem.
Noche perdida. Idem.
El Madrid de los abuelos. Historia.
Paquito Candil. Novela.
Un cuento de viejas.
Del rancio solar.
El duende de la Corte.
Los cohetes de la verbena.
Un conspirador de ayer.
Las cartas de la azafata Cloe.

TEATRO

- El agua en cestillo.* Proverbio.
Los majos de plante (1). Sainete.
La llave de la Araceli. Comedia en un acto.
La casa de todos. Drama en un acto.
Los tres maridos burlados (1). Zarzuela en un acto.
Los majos de plante (1). Sainete con música de Ruperto Chapí.
Cadenas de rosas. Comedia en un acto.
Cansados de vivir.
El rincón de la gloria.

(1) En colaboración con Joaquín Dicenta

Precio: UNA peseta